

momentos del supremo peligro, hacer tales concesiones. Pero Pedro Panin desempeñó con lealtad y energía el cargo que le había sido confiado: las medidas por él adoptadas estuvieron á la altura del peligro que amenazaba no solo al imperio, sino á él y á sus compañeros los propietarios; supo excitar á la nobleza á que se portara enérgicamente y conducir á la clase de propietarios á la lucha contra el proletariado. Los intereses del gobierno y los de los privilegiados eran comunes; los propietarios comprendieron lo peligroso que sería que se extendiera la rebelion por la orilla derecha del Wolga, y por esto se comenzó á obrar con mayor decision que hasta entonces.

Es extraño que los rebeldes, al tener conocimiento de que se aproximaba Pedro Panin, cuyo hermano Nikita había tenido á su cargo la educacion del gran duque Pablo, creyeran, durante algun tiempo, que el respetable dignatario se presentaria como representante de los derechos de aquel y apoyaria en cierto modo la revolucion. Panin se apresuró á destruir estas ilusiones, aplicando severos castigos, haciendo grandes amenazas y publicando enérgicas proclamas. Catalina, á pesar del horror que le inspiraba todo acto de terrorismo, aprobó, esta vez, que se procediera con mas rigor que hasta entonces, que se aplicara el suplicio de la rueda y se ahorcara á los rebeldes que eran hechos prisioneros; sin embargo, no por esto cesó de recomendar con frecuencia la benignidad y de aconsejar que no se derramara sangre inútilmente.

Entre tanto, las hordas de Pugatscheff asolaban las comarcas que se extienden entre Kasan y Nishny Nowgorod, cometiendo horrores sin cuento contra la nobleza y algunas veces contra el mismo clero. Los propietarios procuraban, refugiándose en los bosques, librarse de la muerte segura que les amenazaba por parte de los rebeldes, á quienes los vasallos saludaban como libertadores. Todos los que no siendo vasallos caian en poder de los rebeldes podian contarse por muertos. Segun la relacion de un contemporáneo, no habia en los círculos del gobierno de Ssimbirska una sola aldea que no se hubiese levantado, obedeciendo á la excitacion de Pugatscheff. Los propietarios que se habian distinguido por su benignidad para con los vasallos, eran tambien asesinados, sufriendo igual suerte los vasallos que defendian ú ocultaban á algun señor. Cesó en todas partes el orden: el motin y el derramamiento de sangre dominaron por doquier, aquí, algunos centenares de chuwacos se arrojaban sobre una aldea para saquearla; allí, despues de tomada una ciudad, eran ahorcados y decapitados los sacerdotes, como aconteció en Jadrinks y Kurmysch, donde fueron ejecutadas 77 personas; ora se obligaba á las viudas é hijas de los propietarios asesinados á casarse con sus asesinos; ora se cometian horrores en los templos, en donde se habian refugiado los perseguidos. Los mismos vasallos se vieron amenazados muchas veces de grandes peligros, encontrándose por decirlo así entre dos fuegos, pues, por un lado, los rebeldes les obligaban á cometer violencias, y por otro, los representantes del gobierno les amenazaban con grandes castigos. Apenas habia Pugatscheff abandonado á Ssaratoff, cuando entraba en ella el audaz Michelson con sus tropas. Pugatscheff habia sido reconocido como Pedro III y en seguida tenian los habitantes que reconocer como legítima emperatriz á Catalina II. Un día eran ahorcados unos por traidores á Pedro; otro eran ahorcados otros por traidores á Catalina y al día siguiente no se sabia en nombre de cuál de los dos se llevarian victimas á la horca; de modo que el pobre que era preguntado á quién reconocia por soberano, contestaba: «A aquel á quien vos defendeis.»

En el fondo la cuestion de si habia de ser Pedro ó Catalina quien gobernara era accidental, indiferente, pues de lo que se trataba era del robo, del asesinato, del incendio, de la venganza, de la satisfaccion de los placeres sensuales, de un bienestar momentáneo, de la aficion á los horrores. Cuán fácil era derribar el órden existente nos lo prueba el hecho de que durante la sublevacion de Pugatscheff apareció en el gobierno de Pensa otro usurpador, un bandido llamado Fireka, y algunos mas en diversos puntos. Los jefes de cuadrillas se hacian mutuamente la guerra, se condenaban unos á otros á muerte y se ejecutaba recíprocamente el castigo, llegada la ocasion. Un energúmeno, llamado Obrywaloff, ordenó que, apenas se presentara él en una poblacion, le recibieran todos sus habitantes de rodillas y le entregaran el dinero en esta posicion. Un anciano de ochenta años, en cuya banda figuraban cinco de sus hijos, mandaba tambien una de estas cuadrillas de bandidos. Algunas hordas saqueaban en nombre de Pugatscheff, pero eran independientes de él. Así las cosas, no podia contarse con que fácilmente se restableciera el órden. De la formacion de estas cuadrillas podemos venir en conocimiento por lo que de una de ellas sabemos: componíase esta de 86 hombres, de los cuales 4 eran curas de aldea, 3 sacristanes, 4 reclutas, 10 pequeños propietarios y 65 vasallos. En las comarcas en que imperaba la rebelion no existia un elemento culto, influyente y civilizador, y por esto podian adquirir preponderancia los cosacos, los baskirios, los sectarios y los esclavos libertados de sus cadenas. Con frecuencia aparecian algunos bandidos con el pretexto de que eran partidarios de una importante mision para perseguir á alguna de aquellas cuadrillas, pero pronto se quitaban la máscara y cometian mayores atrocidades que los demás; el hetman Bragin, que así lo hizo, llegó á una aldea, mandó prender al propietario y colgarlo á la puerta del patio de su propia casa, y al pedirle clemencia la desconsolada familia les contestó «Dios, el emperador y yo os concedemos la vida.» La cuadrilla de ladrones se componia solo de un puñado de hombres; y á pesar de esto, los habitantes de las aldeas fueron meros espectadores de aquel drama y no opusieron resistencia alguna. Bragin habia ordenado á los vasallos que le dejaran hacer bajo pena de ver incendiada toda la aldea, y le dejaron hacer. Los ladrones encendieron una gran hoguera para dar mas fuerza á su amenaza, y mientras tanto se fueron apoderando de todos los coches de la casa, engancharon á ellos los caballos, que tomaron de las cuadras, llenaron los vehículos con los objetos robados y despues abandonaron la aldea. El hecho demuestra el terror que infundian aquellos miserables que supieron aprovecharse de aquel lamentable estado de cosas. ¿Qué podia significar, ante tales excesos, la cuestion de si Pugatscheff era ó no realmente Pedro III y de si debia gobernar Catalina ó Pablo, etc.? Pugatscheff confesó, segun se dice, en el interrogatorio que no le habia guiado propiamente la idea de gobernar sino que habia querido vivir bien el mayor tiempo posible (1).

Los sacerdotes dieron un contingente no despreciable á las cuadrillas; y tambien se unieron á la de Pugatscheff oficiales y funcionarios. La traicion, la venalidad, la negligencia, el exceso de manifestos y comunicaciones y la pequeñez de miras dificultaron la victoria del gobierno sobre los elementos revolucionarios. Muchas disposiciones quedaron en proyecto: de todas partes llegaban quejas acerca de la escasez de víveres y acerca del mal aprovisionamiento de las fortalezas. En la correspondencia oficial de los oficiales con el comandante de Zarizyn, Zypletoff, se encuentran siempre

(1) Schchebalsky, pág. 52.

peticiones de pólvora, de mechas, de plomo, etc. En vez de poner rápidamente en pié de guerra un contingente considerable de tropas y de dirigirlas á los puntos que ofrecian algun peligro, se contentó el gobierno, en un principio, con enviar órdenes, amenazas y amonestaciones á los habitantes de todas las comarcas, con exigir del pueblo la promesa de que permaneceria fiel al gobierno y con escribir órdenes y memorias que eran enviadas por perezosos correos. Por esto pudo la rebelion adquirir proporciones extraordinarias. Pugatscheff pagaba á su gente mejor que el gobierno á sus soldados, y al mismo tiempo la disciplina del ejército estaba relajada. Una disputa entre los oficiales por cuestion de categoría facilitó la toma de Ssaratoff por las hordas de Pugatscheff. De todos los oficiales de alta graduacion, segun dijeron los que siguieron con atencion las operaciones militares, solo unos pocos, como Colizyn, Michelson y Zypletoff, mostraron energía, presencia de espíritu y actividad; los demás perdieron un tiempo precioso y favorecieron la rebelion con su indecision, su falta de talento y su prolijidad en las operaciones. Casi siempre, cuando se trataba de alguna accion, las fuerzas de Pugatscheff eran muy superiores en número á las del gobierno.

Los triunfos conseguidos por Colizyn durante la primavera de 1774 habian hecho abrigar la esperanza de que la rebelion quedaria pronto sofocada; pero á aquellos triunfos siguieron dias, semanas y meses tristes. En agosto consiguió el prudente cuanto intrépido Michelson derrotar en Zarizyn á los rebeldes que perdieron 2,000 muertos y 8,000 prisioneros. Estas y otras victorias militares, así como el hambre, cuyos efectos comenzaron á dejarse sentir entre los rebeldes porque nadie se cuidaba de la agricultura y la cosecha quedaba sin recoger, contribuyeron á debilitar el terrible poder de las bandas rebeldes que poco á poco se dirigian al centro del imperio. Tambien contribuyó á ello la severidad que mostró Pedro Panin al presentarse en Pensa (1).

En Pensa, recibió Panin la noticia de la captura de Pugatscheff, el cual derrotado por Michelson y huyendo hacia el Ural, fué preso y entregado á sus enemigos por sus propios partidarios. Catalina se alegró al saberlo, porque comprendió que con esta prision cesaban aquella dureza y aquella inhumanidad que habian hecho que «Rusia hubiese figurado por espacio de dos ó tres siglos á la zaga de todas las demás naciones de Europa.»

Las victorias de Michelson habian desmoralizado á las hordas de Pugatscheff; el valor del caudillo rebelde decaia notablemente; unos le hablaban de dirigirse á Siberia y sublevar aquellas poblaciones, y otros le aconsejaban que se encaminara al mar Caspio, á donde habia huido en iguales circunstancias Stenka Rasin. En 14 de setiembre tuvo efecto la entrega de su persona á los funcionarios del gobierno, precisamente cuando Suwaroff regresaba á toda prisa del teatro de la guerra turca para tomar parte en la persecucion de los sublevados. Pugatscheff fué conducido primero á Ssimbirsk y luego á Moscou, sometido á un proceso y ejecutado en 10 de enero de 1775 (2).

(1) Acerca de la actividad de Panin, véanse muchos documentos en el tomo VI de la *Ilustracion de la Sociedad histórica*; la obra de Grot, *Dershatwin*, VIII, 193, y un trabajo de Anutschin en el *Russky Wjestnik*, 1869, n.º 3.

(2) Acerca de su arresto, véanse especialmente las *Memorias* de Runitsch, en la *Russkaja Starina*, II, 334. Las actas del proceso se encuentran en los *Documentos de la Sociedad moscovita para la historia y antigüedades*, 1858, II, 1-52, 1869, III, 97-120. Instrucciones de Catalina á Panin respecto de los interrogatorios, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VI, 160. En la misma, 490-491, refiere Bolotoff, como testigo presencial, la ejecucion.

Catalina habia seguido con gran impaciencia todo el curso de los acontecimientos; así por ejemplo, al tener noticia de que el ejército rebelde ostentaba una bandera del Holstein, habia manifestado el deseo de saber cómo habia llegado á manos de las hordas de Pugatscheff (3). Despues tomó una parte tan activa en la causa que se instruyó, que llegó á formular algunas preguntas que debian ser hechas al acusado para que las contestara. Repetidas veces encareció, como habia hecho en otras ocasiones á los jueces de instruccion, que evitasen en absoluto el empleo del tormento, que antes hacia ocultar que revelar la verdad (4). Tambien cuidó de que la pena de muerte á que con todas las formalidades requeridas fué condenado Pugatscheff fuese suavizada en su ejecucion (5).

La cuestion de si algunas potencias extranjeras tomaron parte en la rebelion, fué suscitada varias veces durante el levantamiento, sin que á ella pudiera darse una contestacion satisfactoria. Cuando se levantó Pugatscheff, Alejo Orloff, que se encontraba en Italia, manifestó la sospecha de que fuese un agente de Francia, y Voltaire se expresó en igual sentido. Pero ya Bibikoff habia asegurado á la emperatriz que en aquellos acontecimientos para nada entraban las influencias extranjeras. Todos los rumores que circularon acerca de un pretendido acuerdo entre la aventurera que en 1774 se hizo pasar por hija de Isabel, y Pugatscheff, carecen de fundamento real y positivo. Rumsch, que como testigo presencial de los hechos, investigó su carácter esencial, pone tan decididamente en duda la influencia de las potencias extranjeras en la empresa de Pugatscheff, como la participacion en ella de un partido ruso. En el extranjero se seguian los acontecimientos con interés, como puede verse, entre otras cosas, por las muchas biografias de Pugatscheff que se publicaron. Algunos Estados que no querian bien á la Rusia, observaron, quizás con satisfaccion, el peligro que al imperio ruso amenazaba, y tambien pudo ser que algunos confederados polacos fugitivos auxiliasen á las hordas de Pugatscheff con sus consejos en materia de artillería ó fortificaciones; pero la rebelion en conjunto fué siempre una cuestion interna que solo podia tener una lejána importancia internacional, en cuanto debilitaba temporalmente las fuerzas de Rusia en el terreno de la política exterior. No sin cierta satisfaccion escribia Catalina en octubre de 1774 á Voltaire, diciéndole que del proceso de Pugatscheff no se desprendia connivencia alguna entre la rebelion y las potencias extranjeras (6).

La rebelion estaba extinguida, y los contemporáneos tuvieron el suceso por una victoria de los propietarios, de los privilegiados sobre los siervos (7). Catalina, á pesar de sus tendencias hacia la libertad y la igualdad de derechos, se habia puesto del lado de los primeros, y no obstante sus deseos de trabajar en pro del pueblo habia luchado contra él. Algo se consiguió, sin embargo, cuando esclarecidos funcionarios como Bibikoff y Panin pudieron arrojar una mirada sobre la miseria de las masas, cuando Panin, en Ssimbirsk, excitó en un elocuente discurso á la nobleza á observar respecto de sus vasallos una conducta mas benévola y humana;

(3) Wolkonsky, *Siglo diez y ocho*, I, 124.

(4) Idem, 153.

(5) Véase su carta á la señora Bjelke: *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XVII, 32.

(6) «Hasta ahora, no hay el menor indicio de que Pugatscheff fuese instrumento de alguna potencia ó inteligencia extranjera ni de que siguiera las inspiraciones de nadie. Es de suponer que el Sr. Pugatscheffes amo de bandidos, no criado.» *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XVIII, 3. Acerca de la cobardía del criminal escribió despues de su ejecucion, pág. 14.

(7) Así se expresa Bolotoff, III, 488.

y cuando Catalina se propuso, bien que en un principio no pasó de teorías generales, hacer algo en pro de los siervos y protegerlos contra los caprichos de sus verdugos. De todos modos, la tentativa de los esclavos para romper sus cadenas no tuvo éxito alguno, continuando las cosas en el mismo mal estado, y aun en algunos puntos, la guerra de los vasallos en vez de mejorar empeoró la situación de las masas.

La seguridad del trono de Catalina ganó mucho con la feliz desaparición del peligro que, por parte de Pugatscheff, la había amenazado. Esto conseguido y terminada casi al propio tiempo la guerra turca, dedicóse enteramente a la pacificación del imperio, cuyos intereses tan lastimados se habían visto por la insurrección. Durante largo tiempo todavía fué preciso castigar y recompensar, teniendo que desti-

narse considerables sumas á indemnizar á las familias nobles que habían sido saqueadas. Fué menester también acallar el hambre de las masas, á las cuales la pérdida de la cosecha de aquel año terrible podía llevar hasta el crimen. En la vía de las reformas se pensó en imbuir en los órganos de la administración un espíritu más levantado; en elevar, por medio de la instrucción, el nivel intelectual de los sacerdotes; en hacer desaparecer los abusos de que eran víctimas los vasallos y «el pueblo extranjero»; y en disminuir, por medio de enérgicas medidas, el peligro que ofrecía la conducta de los cosacos. Por de pronto hubo que contentarse con ver desaparecer la posibilidad de un triunfo de la oclocracia sobre los gobernantes y gobernados, sobre el Estado y la sociedad.

CAPITULO V

UNA PRETENDIENTE

Pasado de la aventurera.—Instrucciones de la emperatriz.—Prisión de la pretendiente.—Su muerte.—Leyendas

Por el mismo tiempo en que Pugatscheff se presentaba como pretendiente en el Sudeste de Rusia, aparecía en la Europa occidental una supuesta hija de la emperatriz Isabel (1).

Muchos han contado y varios creído que del matrimonio de Isabel con Alejo Rasumovsky nació algún hijo, pero esto ha sido puesto en duda á consecuencia de las modernas investigaciones (2).

En 1774 sucedió que, en Italia, una aventurera, cuyo verdadero origen no conocemos todavía, se presentó de repente con pretensiones á la corona de Rusia, fundándose en que era hija de la emperatriz Isabel.

(1) Las fábulas que Castera y Helbig refieren acerca de la princesa Tarakanoff, han sido creídas por algunos, lo propio que otras referidas por los mismos autores; pero necesitan ser rectificadas, pues hoy está probado que el nombre de «Tarakanoff» nada tiene que ver con la aventurera presa en Liorna en 1775. Que las observaciones de Schlözer hayan podido dar pie á una mala inteligencia acerca de una porción de hijos de Isabel y de Alejo Rasumovsky que hubieron de llevar el nombre de «Tarakanoff», se explica por lo que dice Wassiltschikoff en su biografía sobre los Rasumovsky, inserta en el *Siglo diez y ocho*, II, 443-445. En efecto había algunos sobrinos de Rasumovsky que llevaban el nombre de «Daragan.»

(2) Véase la excelente investigación de Wassiltschikoff, en la obra citada, II, 439. Mientras Bludoff, Melnikoff y otros dan crédito á las tradiciones segun las cuales varios hijos y una hija de Isabel pasaron su vida en los conventos, Wassiltschikoff opina que Isabel no tuvo probablemente hijo alguno. Melnikoff, en su obra *La princesa Tarakanoff y la princesa de Wladimir* (San Petersburgo, 1868), reúne las pruebas que ha creído hallar, todas de escasa fuerza, acerca de la existencia de dos hijos de Isabel; pero su libro no es notable sino bajo el punto de vista literario; le falta espíritu crítico, y no hace más que dar atractivos novelescos al asunto: por eso estima en mucho las narraciones de Castera y de Helbig. Aunque parezca tener cierta fuerza la circunstancia de que se apoye en un trabajo de W. Panin, inspirado en los documentos oficiales é insertado en los *Documentos de la Sociedad moscovita para la historia y antigüedades*, (1867 I, 1), y sostenga que la supuesta hija de Isabel lo era de Alejo Orloff, Melnikoff es un escritor novelesco. La excelente obra de Panin se titula claramente *La supuesta hija de la emperatriz Isabel*, 1867, con algunos complementos de G. Brevern.

La misteriosa extranjera, bella é inteligente, de fácil conversacion y de gran talento para inventar increíbles y maravillosas historias de su pasado, había viajado mucho y llevado distintos nombres antes de ir á Italia y á pesar de su juventud (decía que había nacido en 1752, pero contaba, al parecer, algunos años más), tales como la señorita Franck, Schöll, Tremouille, etc. En Londres se fingió princesa oriental, con el nombre de Aly Emetea, y en Venecia se presentó como condesa de Pinneberg. El embajador inglés en San Petersburgo pretende que era hija de un posadero de Praga, y el cónsul inglés en Liorna sostenía que era hija de un panadero de Nuremberg. En París y en Londres vivió con toda clase de caballeros de industria y aventureros y trabó relaciones, entre otros, con el embajador de Polonia en París, Oginski, y con el príncipe de Limburgo-Styrum, el cual la amaba apasionadamente y le había dado palabra de matrimonio. Con él vivía en el castillo de Oberstein, manteniendo, á pesar de esto, continuos amoríos; recibía por varios conductos dinero que gastaba en seguida; estaba en correspondencia con elevados personajes y se ocupaba algunas veces en negocios de política. Las relaciones que sostenía con los emigrados polacos la indujeron á representar el papel de pretendiente al trono de Rusia.

Después de varios viajes y de haber corrido muchas aventuras, llegó á Italia, se presentó en Venecia y en Ragusa en relaciones con respetables polacos, y entre ellos el príncipe lituano Radziwil, hombre muy ilustre é inmensamente rico; y en seguida comenzó á fingirse hija de la emperatriz Isabel y á contar que durante su niñez había sido conducida á Siberia y de allí llevada á la corte del schah de Persia, etc., etc.

Por aquel tiempo los periódicos hablaban mucho de Pugatscheff y de la guerra turca; en vista de lo cual la aventurera manifestó el propósito de dirigirse á Constantinopla, y pretender desde allí la corona rusa. Segun parece, el gobierno francés se mostró, durante mucho tiempo, dispuesto á apoyar á aquella pretendiente, que en Venecia vivía en la

residencia del embajador francés, y en Ragusa en casa del cónsul de Francia, y era tratada como princesa rusa por todas las personas que la rodeaban. Las cartas que á ella dirigía el príncipe de Limburgo decían: «A la princesa Isabel de todas las Rusias.» Es de suponer que en su conducta aventurera ejerció gran influencia la Polonia. Los enemigos de Rusia la consideraban como un instrumento que podían utilizar en su lucha contra Catalina. Así por ejemplo muchos documentos que en apoyo de sus pretensiones adjujo, tales como un supuesto testamento de Pedro el Grande, otro de Catalina I y otro de Isabel, fueron inventados por otras personas, por más que fuese ella quien los escribiera. En el último de estos documentos podía leerse que Isabel nombraba heredera á su hija que se encontraba bajo la tutela de Pedro de Holstein. Dificil es determinar la parte que en tan atrevidos planes tomaron los extranjeros. La pretendiente esperaba por intermedio de la Puerta hacer circular por Rusia manifiestos y conquistarse las simpatías del pueblo; pero cuando los respetables polacos Oginski y Radziwil se apartaron de ella, quedó abandonada á su propia iniciativa, y el poco conocimiento que de Rusia y de las condiciones de aquel país tenía fueron causa de su ruina.

La aventurera cometió dos faltas graves: la de hacerse pasar por hija del hetman de los cosacos, Cirilo Rasumowsky, cuando no era este sino su hermano el que había estado en relaciones íntimas con Isabel, y la de creer fácil conquistar y hacer enemigo de la emperatriz al conde Alejo Orloff que por aquel tiempo cruzaba con una escuadra rusa los mares italianos. No deja de ser también prueba de gran simpleza, el hecho de dirigir á la escuadra rusa un manifiesto, en el cual aquella extranjera, apoyándose en el testamento de la emperatriz Isabel, se llamaba «Isabel II» y exigía que todos le prestasen juramento de vasallaje.

En una carta dirigida á Orloff asegura que Pugatscheff era su hermano, es decir, hijo también de Rasumowsky: soñaba además con la protección del sultan, con la cual esperaba poder contar, y con el partido que creía tener en un pueblo que gemía bajo el yugo de una ambiciosa. Prometió además recompensar á Orloff colmándole de honores y le pidió que le facilitara el dinero necesario para hacer un viaje á Constantinopla.

Durante algún tiempo vivió la desconocida en Nápoles, y luego en Roma, donde fué objeto de grandes atenciones por parte de los jesuitas y donde se encontró, como á menudo le sucedía, en la mayor escasez de dinero.

En una carta que escribió al embajador inglés, Hamilton, hablaba de Pugatscheff no como de un hermano, sino como de un joven cosaco que había sido paje de la emperatriz Isabel, había recibido su educación en Berlín y había acabado por ponerse al frente de los descontentos. Aquella carta contribuyó en alto grado á la suerte que le estaba reservada, pues Hamilton la hizo llegar á manos de Orloff por conducto del cónsul inglés en Liorna.

En setiembre de 1774 participó Orloff á la emperatriz la aparición de la aventurera, escribiendo entre otras cosas: «No sé si existe ó no tal persona (es decir una hija de Isabel); pero aun cuando existiera y se esforzara en conseguir lo que no le pertenece, esto equivaldría á atarse una piedra al cuello y arrojarse al agua. Remito á V. M. la carta (de la extranjera á Orloff): así podrá apreciar mejor V. M. las intenciones que anuncia. Páreceme que el estilo de esa epístola se asemeja al manifiesto de Pugatscheff. Quizás se ha querido poner á prueba mi fidelidad á V. M.: por mi parte, nada he contestado para no tener que reconocer que existe en el mundo semejante persona y no hacerme sospechoso... He comisionado á un oficial de toda confianza para que hablara con

esa dama y le prometiera verbalmente mis servicios, invitándola á que venga á Liorna para llegar mejor á un acuerdo. Mi propósito es llevarla, por medio de un engaño, á un buque y trasladarla directamente á la capital. Espero órdenes sobre este punto (1).»

Catalina contestó: «He leído la carta que os ha dirigido la embaucadora y que concuerda con la que ha escrito al conde N. J. Panin. Aquí sabemos que en julio vivió en Ragusa con el príncipe Radziwil. Procurad averiguar dónde vive actualmente, y atraedla á un lugar donde pueda fácilmente ser conducida á un buque y sometida, una vez en él, á una severa vigilancia. Si se encuentra todavía en Ragusa, os doy plenos poderes para que lleveis allí uno ó mas buques y logreis os sea entregada esa infeliz sin nombre. En caso de desobediencia (2), os autorizo para que amenaceis; y si es preciso un castigo, arrojad algunas bombas sobre la ciudad; pero si se puede conseguir su captura sin estrépito, apurbo desde luego los medios que adopteis para ello (3).» Fácil es deducir del tono en que está escrita esta carta cierta indignación. Segun parece, en Rusia era general la creencia de que la aventurera era una agente de la Puerta, encargada de comprar á Orloff.

Funestas fueron para la pretendida emperatriz dos circunstancias que hicieron absolutamente imposible y absurdo creer en su triunfo contra Catalina, á saber: la prisión de Pugatscheff y con ella la pacificación de todo el Sudeste de Rusia, y la paz de Kutschuk-Kainardsche. En su consecuencia la aventurera no pudo contar ya con estos aliados, y por eso acogió más fácilmente las proposiciones que, por encargo de Orloff, le hizo en Roma el ayudante de este Kristeneck. Sin embargo para que se decidiera á emprender el viaje á Liorna hubo necesidad de emplear mucha astucia. En un principio, vaciló en fiarse de Orloff, y solo cuando este puso á su disposición considerables sumas para pagar á sus acreedores, decidióse, en febrero de 1775, á hacer el viaje.

Las ceremonias y las tretas con que Orloff, su ayudante Kristeneck, el cónsul inglés en Liorna, John Dick, y otras personas rodearon á la aventurera y la hicieron caer en el lazo, producen una mala impresión. Orloff mostró un celo excesivo en el cumplimiento de las órdenes de la emperatriz: trató con gran consideración á la supuesta princesa, mandó preparar para ella, en Pisa, una magnífica casa y fingió estar perdidamente enamorado de ella. En su carta á la emperatriz, le decía formalmente que se fingía enamorado de la aventurera, que le había regalado su retrato, etc.

El papel de pretendiente propiamente dicho parecía ser para la aventurera una cosa accidental; así por ejemplo, al avistarse con Orloff no le exigió que se declarara, con la escuadra rusa, en pro de su causa, ni hizo apenas demostración política alguna. Probablemente no llevó hasta el fin sus ambiciosos intentos; únicamente pedía dinero á Orloff y gustaba, mientras tenía fondos, de representar el papel de gran señora, papel cuyo desempeño le facilitaban con su conducta Orloff, el cónsul inglés y otras personas. El cónsul dió un suntuoso banquete, y al final aceptó la infeliz la invitación que le hizo Orloff de visitar la escuadra rusa y de presenciar desde el navío almirante las maniobras navales que en su honor se dispondrían. El contra-almirante Greigh salió á recibirla; se entretuvieron todos presenciando las maniobras, durante las cuales desaparecieron inadvertidamente Orloff y Greigh, y al terminar fué inmediatamente presa la extranjera por el capitán Litwinoff. Entre tanto, los agentes rusos se

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, 1867, I, 57.

(2) Es decir, en caso de que no se quiera entregarla.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 104-105.